

VIII.

Se empeñaron unas señoras con su parienta la oidora para que mandase al autor escribir unas décimas sobre cierto asunto, y encontrando embarazo para la obediencia, respondió en nombre de la interesadora con este romance.

Lograr, amigas, no puedo
Que responda Lobo; indicio
De que vuestras discreciones
Son mordazas de su estilo.

Con máscara de respeto
Autoriza lo remiso,
Para que la repugnancia
Se acredite sacrificio.

Si se lo mando, responde
Que á preceptos peregrinos,
Sólo sabe venerarlos
El que no acierta á cumplirlos.

Si me enojo, dice: «Tantos
El ceño aumenta atractivos,
Que para el bien de los ojos
Es noble usura el delito.»

Si le ruego, se suspende;
Y cuando yo me imagino
Que va á soltar un concepto,
Desaprióna un suspiro.

En fin, ya tomó la pluma,
Y despues de discursivo,
Para escribir una lira,
Empezó: «Muy señor mio.»

El sin duda está hechizado,
Pues en su almohada se han visto,
Con trescientos alfileres,
Dos sonetos amarillos.

Dejémosle para necio,
Dejémosle para indigno,
Y dejémosle; que es toda
La esencia de su martirio.

No piense que á mí me falta
Habilidad ó artificio
Para zurcir cuatro coplas,
Si empiezo á tomar el hilo.

Plegue á Dios que cuando quiera
Subir la cuesta del Pindo,
Tropiece su númen tanto,
Que se quiebre los hocicos.

Y cuando pida á las Musas
La inspiración ó el auxilio,
Porque no puedan soplarle,
Las halle con garrotillo.

Plegue al hado que se vean,
Por la mano de asesinos,
Descuartizados sus versos
En las columnas de un libro.

Y cuando alguno traslade
Sus papeles clandestinos,
De donde penda el concepto,
Allí cuegue un desatino.

Plegue á Dios que cuando piense
Que al mundo tiene aturdido,
Venga un sacristán de monjas
A pedirle un villancico.

Váyase, en fin, noramala,
Pues yo le juro y le afirmo
Que de no hablarnos con-verso,
Se ha de ver arrepentido.

IX.

Quéjase un ofendido del infiel proceder de una deidad.

ROMANCE CÓMICO.

Sabed, rústicos pastores,
La traición de mi enemiga
Zagala, en quien son iguales
La hermosura y la mentira.

Sabed que aquellos honores,
Que á alguien tuvo por caricias,
Fueron contra mi inocencia
Doradas alevosías.

Admitió mis sacrificios

DON EUGENIO GERARDO LOBO.

Para ejercitar sus iras,
Vistiendo sus tolerancias
De dulces hipocresías.

Proporcionando al ascenso
El golpe de la caída,
Sobre algunas presunciones
Colocó á mi fantasía.

En mi necia confianza
Aseguré su malicia;
Que también en las deidades
Hay sagradas villanías.

Llévome por el camino
De una lisonja mentida,
Y me disparó una ofensa
Al revolver de una dicha.

¿Quién creyera que en su agrado
Se ocultase la malicia?
Pero, ¿quién no lo creyera,
Sabiendo la suerte mía?

Más incurable se hizo
La falsedad que la herida,
Porque enconó á la paciencia
El modo de dirigirla.

¿Cuánto mejor me estuviera
Adorarla siempre esquivando,
Que al fin, hay mucha distancia
Desde el agravio á la ira.

Desden fuera que á mi obsequio
Desatendiese propicia,
Pero, admitido ultrajarle,
No es desden, que es grosería.

Se conoce delincuente,
Y con mayor ojeriza,
Sin permitirme la queja,
Me concede la justicia.

Me ofrece satisfacciones,
Y las que pido la irritan;
De suerte que en sus engaños,
Aun se confunde á sí misma.

Si la escocho, en su elocuencia
Tanto mi razón pelagra,
Que si la arguyo quejoso,
Me satisface ofendida.

Quiere que mis ojos mientan
En lo mismo que examinan,
Y que se abra en los suyos
La verdad de mis noticias.

Como tiene de su parte
Tanta perfección divina,
Naufraga mi entendimiento
En el golfo de su vista.

Pero yo pondré mi estrago
Delante de la porfía,
Y ser podrá que se ahogue
El volcán en mis cenizas.

Ya me he resuelto á no verla.
Ya, pastores, no he de oírle;
Mal haya el suceso infame
Que de tanto bien me priva.

Y pues venganza os he dado
De los celos de algún día,
Trocad lastimosamente
En piedades las envidias.

Aprended los escarmientos
En el libro de mi vida,
Si contra hermosas traiciones
Haber pudiese doctrinas.

Y tú, como todas falsa,
Como nadie peregrina,
Como mi estrella inconstante,
Como mi fortuna impía;

Tú, que las gracias me pides
De honores que vulgarizas,
Como si entre tantas fuese
Mi obligación la más digna;

Tú, que me expones al riesgo,
Y el precipicio castigas,
Fundando tus diversiones
En malquistar mi alegría;

Quédate en paz, mientras noble
Mi desengaño conquista
Del inocente albedrío

La usurpada monarquía.
Quédate en paz, mientras hago
Violencia á mi fantasía;
Que bien podrá separarla

De mi razón tu injusticia.
Quédate en paz; que te juro
Por todo el fuego en que ardia,
De resistirme, aunque muera,
De no quejarme, aunque viva.

X.

Á una sirvienta arrimona.

Sirvienta de los demonios,
Doncella, y sábelo Dios,
O fregoná ó barrendera
De las basuras de amor,

¿No me dirás qué me quieres
Siempre que á tu casa voy?
Pues en echarme tanto ojo,
Los traigo siempre al vizor.

Te llegas siempre que hay modo
De despabilar velon;
Me miras y te sonríes,
Y de cuando en cuando hay tos.

El pellizco anda que rabia,
Y lo haces con tal primor,
Que traigo en mis pobres carnes
Señales de tu pasión.

Si me alcanzas con la pata,
Allá va, tenemos coz,
Y el codo también se arrima,
Que en ti puede ser codon.

¿De decirte pan por pan,
Que no entiendo enigmas yo,
No es esto que en buen romance
Me tienes inclinación?

¿Ay desdichado de mí!
Oiga el diablo en lo que dió;
¿Acaso, porque eres Gila,
Juzgaste que soy Anton?

Pero no consiste el caso
En que tú me quieras, no,
Porque, en fin, eso va en gustos,
Y no es esto lo peor.

Lo que á mí me escandaliza,
Y es para ello, por quien soy,
Que me picas, y te escapas
Como chinche que mordió.

Si me arrimo, tú me pegas
Un garrafal rempujon;
Y si á otra voy, no me dejas
Articular una voz.

Ni bien pasiva, ni activa,
Tu réproba condición,
O no muestre que padece,
O no me impida la acción.

¿Quieres oler á palacios
Con basquiña de meson?
Ha de haber méritos antes,
Para haber favores post.

¿Qué cocinero donaire
Y qué dengue tan fregon!
¿No ves que soy señorito,
Y te hago mucho favor?

¿Con qué conciencia me ofreces
Unas señas de tizon,
Unos piés llenos de callos,
Y unas manos de sudor?

Admitirte yo sería
Acto de mi indignación;
¿Si lo supiera mi madre,
Qué azotes llevaría yo!

Mira, nadie lo sabrá,
Callo como un confesor;
¿No quieres? ¡Pues vén y pica,
Y verás qué pescozon!

Que una dama como tú
Con un galán como yo,
Ha de ser mio el donaire,
Y tuya la adoración.

XI.

Á una pretension amorosa, seguida nueve días.

INTRODUCCION.

Desde ayer hizo ocho días,
Y en buena cuenta hoy son nueve,
Que pretendo tus favores
Y merezco tus desdenes.

En ciento veinte y seis horas
Van otros tantos papeles,
Que en gerga de enamorados
Suelen llamarse billetes.

De docenas de romances,
Poco más ó menos, siete;
De décimas y sonetos,
Discurro que quince ó veinte.

Estás, Marfisa, hecha un poste,
Sin hablar ni responderme,
Tan hermosa y más que nunca,
Tan ingrata como siempre.

Tengo botado en poesía
La Aganipe ó Hipocrene,
Para purgarte de esquivas,
Y aún no te bastan dos fuentes.

Yo sé que soy de tu gusto;
Pues dime tú qué pretendes,
Que me pudra yo en deseos
Unos diez ó doce meses?

Si has de admitirme, despacha,
Míralo bien; mas advierte
Que en cada instante que tardas,
No sabes lo que te pierdes.

Bien haya amor lacayuno,
Que tiquis-miquis no entiende,
Su carcaj dispara coeces,
Sos halagos son cachetés.

Y las deidades fregonas,
Sin arrumacos ni dengues,
De estos requiebros se pagan,
A estas baterías cedon.

Pero acá una señorita,
Preciada de impertinente,
Está rabiando y se sufre
Para obstentarse altiveces.

Pues ¡qué! ¿quieres que amor viva
En purgatorio perenne,
Sin que le des un sufragio,
Que alivie lo que padece?

No, señora; que ocho días
Es espacio suficiente
Para probar la constancia
De un corazón que te quiere.

¿Acaso es mi amor judío,
Orlado de tocas verdes,
Que en sinagoga de ultrajes,
Viva de esperanzas siempre?

Pues voto á tal, señorita,
Que si hoy no se arrepiente,
Se la va amasando un pan
Tan blando como unas nueces.

Y si poco noviciado
Nueve días le parecen,
No faltará religión
En donde mi amor profese.

Adios, dueña desdenosa;
Que acabo con que te ruegue
Mucha paz en esta vida,
Y en la otra *zarambeque* (1).

XII.

Disculpa de un amor hijo de superior causa.

Imposible idolatrado,
Con quien obstinada el alma,
Aun mirándote imposible,
No pone freno á sus ansias,

Oye de un pecho rendido
Quejas mal articuladas,

(1) Danza alegre y bulliciosa, entonces muy usada entre los negros.

ROMANCES.

Que han empezado en sollozos,
Y en impacencias acaban.
Oye, si acaso el gemido
A un duro escollo quebranta,

O si no es tu resistencia
Más dura que mi eficacia.
Ya sabes que de tus ojos
Las estrellas soberanas,
Si al entendimiento inclinan,
A la voluntad arrastran.

Si obedezco á sus influjos,
¿Cómo culpas de arrogancia
La obstinación que en quererle,
De obedecerte no pasa?

Vuelve el crédito á tus luces;
Que es tiranía sobrada
Castigar lo que fomentas,
Y despreciar lo que causas.

Si yo pudiera no amarte,
Amarilis, y te amara,
Fuera culpa de mi arbitrio
Querer arder en tu llama.

Mas, si sirvo á tus violencias,
¿Por qué tu altivez tirana
De tan bello y noble origen
Los privilegios quebranta?

Rayos son tuyos las flechas
Que amor contra tí dispara;
Pues ¿en qué ofende un impulso
Que está sirviendo á su causa?

Pero ¿en quejas repetidas
Para qué mi voz se cansa,
Si en imposibles remedios
Un fino amor se desaira?

XIII.

Quemado por la dama el papel antecedente, va otro.

Segunda vez, Amarilis,
Lleva mi temeridad
Segunda tabla á tu templo,
Nueva víctima á tu altar.

Las tiranías del númen
Nunca pueden estorbar
Que se repitan obsequios
En culto de su deidad.

No se hicieron escarmientos
Para un corazón leal;
Quien huye de los peligros,
¿Será glorioso jamás?

Tus iras mi sacrificio
Llevar al fuego podrán;
Mas no pueden impedirme
La gloria de idolatrar.

Desprecios no atemorizan
A quien no ignora que está
A espaldas de lo tirano
La imagen de la piedad.

¿Qué importa que tus rigores
Me anuncien un fin fatal,
Si sólo el lograr tus iras
Halaga la vanidad?

¿Si sabes que yo te adoro,
Mas que nunca logre hallar
En tu atención un sollozo,
En tus lástimas un ay!

Sólo me daría susto
Ser ignorado mi afán;
Si sabes que por tí muero,
¿Qué mayor felicidad?

Para este inocente obsequio
Preven incendios allá,
Y apuremos cual más cansa,
Si el escribir ó el quemar.

Una grande diferencia
En nuestros afectos hay:
Yo soy temoso en ser firme,
Tú en ser ingrata tenaz.

Y como arder por lo hermoso
Fué siempre más natural
Que el despreciar lo rendido,

Ve tú quién ha de triunfar.
Mira, Amarilis, que amor
Es travieso y es rapaz;
¿Quieres apostar conmigo
Que al fin las has de pagar?

¿Haz lo que quieras; que nunca
En mi empeño he de cesar,
Hasta que de mi fatiga
Se avergüence tu crueldad.

XIV.

Á un hombre que decía no haber amor en el mundo.

Quien dice que está seguro
De la violencia de amor,
O presume de insensible,
O desmiente su razón.

El que niega la eficacia
Del más poderoso arpon,
Le roba el calor al fuego,
Y niega la luz al sol.

¿Cómo es posible que un alma
Se libre de su rigor,
Si en ella es naturaleza
La fuerza de esta pasión?

Negar lo amable á lo bello,
Es negarle á la elección
Aquel acierto que debe
A un influjo superior.

¿Qué queda que hacer al hombre,
Si aún el bruto más feroz
Sabe sentir un desaire
Como apreciar un favor?

¿No estás oyendo las quejas
Del pájaro gemidor,
Que está llorando en las ramas
El tálamo que perdió?

¿No estás mirando los besos
De aquellas palomas dos,
Que están formando del pico
El cauce del corazón?

Allá se rinde á una vid
Un silencioso amador,
Dando á entender su cariño
En aprovechar su unión.

Sigue el acero á su imán,
Las flores buscan al sol,
El fuego sube á su esfera
Y vibra el aire á la voz.

Luego si logra el instante
Privilegios de razón,
¿Cómo á la razón se niega
Lo que es su prueba mayor?

Con que, Fabio presumido,
Ó tienes amor ó no:
Si no, véndete por mármol;
Si amas, confiesa tu error.

XV.

Historia de Medoro y Zelima (2).

Aquel africano ilustre,
Galan, valiente y bizarro,
Para las delicias jóven,
Para la prudencia cano;

Dulce lisonja del alma,
Y noble cifra de cuantos
Para robar corazones
Produjo el suelo africano;

A rienda suelta le miro
Huyendo de sus contrarios,
Con la una mano en la rienda,
Y el alfange en la otra mano.

«¿Adónde vas, caballero?
Detente, no corras tanto,
Pues, sin tanta prisa, sé
Que te hizo el amor su rayo.

(2) Este romance fué escrito en las mocedades del autor. Es una gallarda imitación de Góngora.

»Aguárdate un poco, y mira
Que acá te queda en el campo
Un alma con poco aliento
Y un corazón en pedazos.
»Llegando viene á tu tienda
Duro tropel de cristianos,
Y su caudillo me lleva,
Al par mi dueño y mi esclavo.
»—Feliz el suelo, me dice,
Que liberal ha brotado
Tan mal defendida rosa
Entre abrojos mahometanos.
»Acaso elegí esta tienda
(¡Oh, cuánto debí al acaso!)
Para el saqueo, y me pierdo
En las riquezas que hallo.
»Aljófares y corales,
Ya deshechos, ya cuajados;
Perlas que vierten tus ojos,
Perlas que esconden tus labios.
»Ya que no vea tu risa,
No vea, mora, tu llanto;
¡Cómo triunfarás riendo,
Si puedes triunfar llorando!
»Cese de tus tiernos ojos
El bellissimo quebranto;
Que aunque enemigo, soy noble;
También perdono, aunque mato.
»Libre estás, preso me tienes,
No te asustes de escucharlo;
Que respetar á las damas
Saben pechos castellanos.
»Si quieres salvar la vida,
Monta sobre este caballo,
Lleva tus joyas, y lleva
En un alma la de entrambos.
»En este rayo andaluz
No enfrente el miedo tu paso,
Sube en el corcel y vuela
Con los suspiros que exhalo.
»Dejadla que corra libre,
No la detengais, soldados;
Que corre peligro el triunfo
Si deja verse en el campo.»
»Oprimió la espalda al bruto,
Con su noble carga ufano,
Exhalacion de aquel cerro,
De dos bellos soles carro.
»¿Adónde vas? le pregunta
Voz que sale de un peñasco;
Medoro soy, si á Medoro,
Que te huye, vienes buscando.»
»Rémorá su voz la enfrena,
Arrimo le dan sus brazos,
Su amante deseo albricias,
Y su cansancio desmayo.
»¡Sola me expusiste al riesgo,
La vida en duda, tirano!
¡Qué bien te esconde una peña,
Duro corazón de mármol!
»¡Ingrato sobre medroso!
¿De cuándo acá, dime, ingrato,
Aprendiste á huir cobarde
Y á abandonarme villano?»
»Quejas que el amor inspira,
No rompen de amor los lazos;
Los desagrazos se admiten,
Porque los oye el agrado.
»Perdidos somos, Medoro;
Huyamos del sitio, huyamos.»
»Dijo; y montando los dos,
Veloces salvan el campo.
»Pica el acicate, y pica
Al corazón abrasado,
Ya la ingratitud del moro,
Ya la atención del cristiano.

XVI.

Á Lisis, cazando.

Fatigaba el bosque á truenos
De un largo estrecho cañon,

Que fabricó para rayo
La blanca esfera de amor,
Lisis, la Venus del Tajo,
Ligando con rara union
Lo hermoso con lo valiente,
Lo divino y lo feroz.
Su montaraz hermosura,
Su bellissimo rigor,
Milagro de los tres siglos
De su feliz duracion,
Con iras airosas sigue
La senda que le enseñó
Adusta sed del sabueso,
Cauta industria del ventor.
A su venatorio exámen
La vida no redimió
Manchada tigre ligera,
Blanco pájaro veloz.
Si aciertos logra su audacia
En las vidas que quitó,
No hallan más triunfos sus ojos
En un firme corazón?
Si matas, Lisis, las fieras,
¿Por qué los deseos no?
¿Han de morir más felices
Los brutos que mi razón?
Mas ¡ay! que dándoles susto
Y negando mi atención,
Lisis prosigue en matarlas,
Prosigue en morirme yo.

DÉCIMAS.

Al reverendo padre fray Josef Hebrera, predicador general de la religion seráfica, cronista de la provincia de Aragon, etc., desde el cuartel de Berlanga.

Yo, aquel capitan Gerardo,
De cuya infeliz historia
No tendrá el mundo memoria,
Aunque tome el anacardo;
Que en el más noble gallardo
Concurso particular,
Llegando á sacrificar
El respeto y el temor,
Gasté tal vez buen humor,
Que es cuanto pude gastar;
Yo, aquel que di con los pliegos
De perdidos borradores,
Vendimia á los impresores
Y mayorazgo á los ciegos;
Gracias á un millon de legos,
Que á los míos añadió
Cuantos errores soñó,
Estando de suerte ya,
Que no los conocerá
La musa que los parió;
A ti (¡oh padre!), á quien celebro
Por grande, por uno solo,
Por mayorazgo de Apolo
Y por dulce honor del Ebro;
Por regalo, este requiebro
Envío; y porque la fuerte
Tenacidad de mi suerte
Quede en algo divertida,
Quiero contarte mi vida,
Para que sepas mi muerte.
Después que desgracia esquiva
Me arrojó donde pudieran,
Si mil pródigos vinieran,
Engordar su comitiva,
Contra mí la ardiente estiva
Rabia del can apresura
A el aire con peste impura,
La tierra con tabardillo,
Al fuego con garrotillo
Y al agua con calentura.
Tan incomparable ardor
Estas mansiones perciben,

Que pienso que se conciben
En la fragua de mi amor;
Dice la vida en sudor
Que se le enciende la casa;
El polvo al instante pasa
A restañar las fluxiones,
Y se meten las facciones
Entre fundas de argamasa.
El Adónis más bizarro
Envuelve su perfeccion
En túnicas de carbon,
Con sus respuntes de barro;
Pienso que al délfico carro
Le rige otra vez y altera
La vanidad altanera
De algun faeton desvarío;
Pues lo que en Livia es estío,
Se llama aquí primavera.
Siempre música me dan
Con alternacion bizarra,
Por de dia la cigarra,
Por de noche el alacran;
Si busca el sediento afán
De agua dulce alguna seña,
Zupia bebe, y si se empeña
En procurar refrescarla,
Es menester arrimarla
Al chiste de una extremeña.
Como son de tosea y dura
Calidad los alimentos,
También los entendimientos
Se han convertido en grosura;
Aquí murió la lectura
De Homero sobre su Aquiles;
Pues los genios más sutiles,
Sólo con frases sencillas,
En tomos de algarobillas
Van comentando perniles.
Yo en Berlanga, lugar chico,
A soledad me condeno;
Que sin duda no soy bueno,
Pues que no me comunico;
A desenlazar me aplico
Del mundo tiranas redes,
Cuyas falibles mercedes,
Porque al desempeño apoyen,
Como me han dicho que oyen,
Se las digo á las paredes.
Las mujeres que he mirado,
De las pieles que trasquilan
Todos los vellones hilan,
Pero ninguno delgado;
Por el gesto y por el grado,
Negras parcas las supongo;
Y así, si á hablarlas me pongo,
La retórica trabuco
En frases de calabuco
Y metáforas de Congo.
Si me acuesto, por instantes
Me cansan, impertinentes,
Los etíopes pungentes,
Vivos átomos saltantes;
Luégo escuadrones volantes
De imperceptible saeta
Y fastidiosa trompeta
Se muestran tan importunos,
Que quisiera, con o algunos,
Tener cara de baqueta.
Segun á escozor provoca
La invisible chusma alada,
Llego á discurrir que untada
De celos tiene la boca;
Más me pica, si me toca,
El aguijón diamantino,
De mi as en el revésino;
Pues á su dardo punzante,
Aun no es escudo bastante
El cútis de un vizcaíno.
Luchando con el empeño
De la idea y del quebranto,
A bofetadas espanto
A la canalla y al sueño;

Llega el semblante risueño
De la aurora enternecida,
Y al instante me convida
Chocolate sin espuma,
Tan claro como tu pluma,
Tan malo como mi vida.
Vístome en abreviatura,
Sin espejo y sin cuidado;
Que es mucho para soldado
No cuidar de la hermosura;
Y como alguno asegura
Que en llanto y risa la aurora
Vierte perlas, que atesora,
Salgo á incitarla á las cumbres,
Con gracias, con pesadumbres;
Pero ni rie ni llora.
Veo así que en realidad,
Quien sólo lleva en sus tropos,
Luces, colores, piropos,
Merece de necesidad;
Varia etérea tempestad
De flores llama al Abril,
Canoro alado pensil
Al ave, al vino ambrosía,
Al sol linterna del dia,
Y sol nocturno al candil.
Voy á misa, y no bien digo
La entrada de una oracion,
Cuando la imaginacion
Me saca por un postigo;
En ir, no obstante, prosigo,
Pues esto lo considero
Como aquel que á un charco entero
Con un harnero desagua,
Que ya que no saque agua,
Lleva mojado el harnero.
Vuelvo á casa, y son el plato
De mi almuerzo y de mi alivio,
Con dos décadas de Livio,
Seis emblemas de Alciato;
Suelo escribir algun rato
Cuatro rimas á mi amor,
Sin traslado, que en rigor,
Asuntos de tanta fe
En limpio están mientras que
No salen del borrador.
Autores aplico varios
A mi profesion honrosa,
Siendo mi leccion curiosa,
De César los comentarios;
Ningunos más necesarios
Que Vegecio y Censorino;
A este equipaje me inclino;
Y así, sólo encuentro en él
Aderezos de papel,
Vajillas de pergamino.
Para murales ardidies
Y construcciones de plazas,
Registro en Cresa las trazas,
Grande expositor de Euclides;
En estas y en otras lides
Las horas vengo á gastar,
Porque no diga el lugar
Del *Exodo* que á comer,
Me siento sólo á beber,
Y me levanto á jugar.
Cómo, en siendo mediodia,
Un pobre puchero yermo,
Que suelen llamar de enfermo,
Y es sólo de economia;
Es principio, es mediania,
Es el todo y el *Larus Dei*,
Porque en el vano recreo
De mi mesa no se alcanza
Más postre que mi esperanza,
Más dulce que mi deseo.
El ir despues es forzoso
(Aunque con gana no mucha)
Al teatro de la lucha,
Que otros llaman del reposo;
Donde salen, como al oso,
Los vagantes clandestinos,

DÉCIMAS.

Susurrantes capuchinos
De volátiles coturnos,
Que si antes fueron nocturnos,
Ya se vuelven vespertinos.
Me levanto fastidiado,
Sin saber si me desvelan,
Más que todos los que vuelan,
Los mosquitos del cuidado;
Del apolíneo collado
Quiero subir la montaña,
Pero de suerte me araña
El influjo, y se rehusa,
Que imagino que la musa
Se me ha vuelto musaraña.
Salgo á ver del superior
Y compañeros la cara,
Y en el intendente pára
La plática y el furor,
Hasta que dice un doctor:
«Sacriligos maldicientes,
¿No veis que los penitentes,
Cuando en el pesar se emplean,
A Dios le piden que sean
Sus oídos intendentes?»
La justicia de este texto
Me vuelve á casa temprano,
Donde en las horas que gano,
Pierde la paciencia el resto;
A ninguno soy molesto,
A mi propio me fastidio,
Y sobre el ocio en que lidio
(A varias lecciones pronto)
Marcho á buscar en el Ponto
Melancolías de Ovidio.
Después los criados míos
Un par de huevos previenen,
Que sólo de frescos tienen
El que suelen llegar frios;
Tal vez son regalos pios
Estos pobres aparatos,
Pues al quitar los ornatos
De las tiernas comisuras,
Trago, en dos embestiduras,
Un par de pollos nonnatos.
Salgo, en fin, con mi pasion,
Al aura buscando fria;
Ser cual Céfalo queria,
Pero soy cual Endimion;
Pues en la vaga region
Sólo encuentro con la luna,
En cuya faz importuna
Va estudiando mi eficacia
Crecientes de mi desgracia,
Menguanes de mi fortuna.
Las constelaciones leo,
Que al campo supremo esmaltan,
Pero en vano, pues me faltan
Esferas de Tolomeo;
Allí supiera el deseo
Las que la dicha me sorben,
Pero es fuerza que me estorben,
No siendo en azul estadio,
Aquel que *descripsit radio
Totum, qui gentibus orbem*.
De esta suerte se pasca
En uno y en otro intento,
Vagando el pensamiento,
Por el campo de la idea;
Feliz tú, que en la asamblea
Del más noble consistorio,
Tienes por lustre notorio,
En el Ebro aclamacion,
Crédito en la religion,
Y ainda mais el refectorio.
No olvides mis intereses
Cuando te alumbren los astros
De Azlores, Gurreas, Castros,
De Julves, Martos, Urrieces,
Palafox y las que vieses
Floras del ibero prado,
Norte ya de mi cuidado;
Pero bien se lo merece:

En Berlanga, Julio trece;
Tuyo siempre, el Desterrado.

Irónicas instrucciones para ser buen
soldado (1).

Será estudio principal
De un soldado verdadero,
El no quitarse el sombrero,
Aunque pase el General;
Desprecie á todo oficial,
Hable con ceño cruel,
Y en metiéndose con él,
Sin que la razon le venza,
Encaje una desvergüenza
Al arcángel san Miguel.
Blasone con arrogancia
De incansante matador,
Advertiéndole que el valore
Se vincula en la ignorancia;
Y si alguno con instancia
Le dijere que algun dia
Saber quién es Dios podia,
Responda muy confiado
Que para ser gran soldado
No es menester teología.
Si por alguna ocasion,
Del pré le faltase el real,
Al vasallo más leal
Puede quitarle un millon;
Que en esta compensacion
Es su albedrío la tasa,
Y si con boleta pasa,
Lleve siempre por muy cierto
Que se entiende en el cubierto
Cuanto encontrarse en la casa.
Si va por paja, ya sabe
Que es circunstancia precisa
Que se traiga la camisa,
La cama, el burro y el ave;
Que desmorone, que cave,
Pues tiene en el nombre régio
Para todo privilegio;
Y si la iglesia está á mano,
Será un grande veterano
Si se engulle un sacrilegio.
Dirija á toda heredad
La ejecucion de su intento;
Que Adán en su testamento
Le ha dejado la mitad;
Con esta seguridad
Agoste, vendimie, pode,
Sin que nadie le incomode;
Que ya el hurto no es pecado,
Después que se ha bautizado
En la pila del *Merode*.
Siempre que pueda, correr,
Pues si el caballo se muere,
Darán otro, si el Rey quiere
Sus dominios defender;
Echele luégo á pacer
En el trigo más cercano;
Que aunque sea muy temprano
Y haga daño á la salud,
Se granjea la virtud
De aniquilar al paisano.
Si se halla en el paraje
De batalla, ponga lista
La potencia de la vista
Al escuadron del bagaje;
Cierre con el equipaje
Con desorden desmedido,
Sin que nada le haga ruido,
Pues muy poco se abandona

(1) Este papel se compuso á fin de refrenar algunos desórdenes introducidos por la confusion de los principios de la guerra; pero le hizo inútil el tiempo con la exactitud (nunca bien ponderada) y la disciplina de las tropas. (Nota del mismo GERARDO LOBO.)

Que el Rey pierda la corona,
Si el consiguere un vestido.

En siendo oficial, la bata
Compre por autoridad,
Y gaste una eternidad
En ponerse la corbata;
Sea voto de reata
De quien la mano le dé;
Hable sin saber de qué,
Estudie con ansia toda,
Por las frases de la moda,
La cartilla del gajé.

Tenga á costa de su afán
Al proveedor muy propicio,
Que le importa el beneficio
De la cebada y el pan;
Quejese de que no dan,
Por más que triunfe y que vista,
Y no complete la lista
De los precisos soldados;
Que es quitar á sus criados
El que pasen la revista.

Olvide en todo la ley,
Pues sin afán ni desvelo
Puede encajarse en el cielo
Con la patente del Rey;
No lea quien fué Muley,
César, Numa, Craso, Emilio,
Marcial, Homero y Virgilio;
Pues nadie sabrá más que él,
Como sepa en el cuartel
La ciencia del estuque.

Si agua, lumbré, luz y sal
Le debe dar el patron,
Pida por cada ración
A lo ménos un quintal;
Convide á todo mortal
A comer, sin fatigarse,
Para poder ajustarse
En la mayor conveniencia,
Y déjese la conciencia;

Que esto se llama ingeniar.
Tome, afectando virtud,
Lo que añadan los cuitados,
Porque tenga á los soldados
En el lugar con quietud;
Véndales la rectitud
De su empleo natural;
Que la violencia moral,
Aunque parece espantosa,
No piense que es otra cosa
Que un pecadillo mortal.

En su vida difícil
Licencia á persona cierta,
Para que la plaza muerta
En su bolsa se sepulte;
A el arrendador consulte
Sobre vender el sustento
Para el militar, exento
De cargas é imposiciones,
Y él, por cobrar los millones,
Partirá su arrendamiento.

Si está el lugar muy cargado,
Ajuste su evacuación,
Y venda por compasión
A el General su tratado;
Inste, ruegue porfiado,
Aunque le respondan tibio,
Hasta lograr el alivio;
Que con lo que él se enriquece
Cargar al otro, merece
La fama de Tito Livio.

Si ir á la corte desea,
Su ausencia puede ajustar;
Que es bien que pague el lugar
Aquello que él se pasea;
Junte toda la asamblea,
Y proponga al consistorio
Un reformado notorio,
Que está ausente y vendrá presto,
Y ajústelo; que por esto
No ha de ir al purgatorio,

Si marcha, vaya delante,
Por los lugares cercanos,
El Neron de los paisanos,
Verbi gracia, el ayudante;
Absuelva luego al instante
Al que deje los cuatrinés,
Y si se aloja á los fines,
Sus setecientas boletas
Las ha de sacar completas,
Aunque pese á los maitines.

Advierta que los que vienen
A formar su alojamiento,
Le han de dar ciento por ciento
De las plazas que no tienen;
Diga que allí se detienen
Otro día; y luego aparte,
Vendrá el cura, quien con arte,
Que se vaya ajustará
Cobre el censo, y marchará
Con la música á otra parte.

Diga á el alcalde cuitado
Que nunca se cobrarán
De la cebada y el pan
Los recibos que ha tomado;
Cómprselos de contado
Por una inútil porción,
Después en la provision
Tendrá ganancia segura;
Que esto no es más que una usura
Con bonísima intención.

Defienda sin argüir,
Pero no sin porfiar,
Que el soldado puede hurtar
Para comer y vestir;
Que el patron ha de sufrir,
Ya que vasallo se nota,
El mantenerle la bota,
El reloj con la cadena,
Almuerzo, comida, cena,
Vanidad, caballo y sota.

Inflame, en fin, su elocuencia
Con términos de antubion,
Suelte una manutención,
Aforrada en subsistencia;
Saque á la pobre conciencia
De sus límites estrechos,
Pues no son más estos hechos
Que ingenios, sabidurias,
Arbitrios, economías,
Manos libres y provechos.

A don Luis de Narvaez, su teniente coronel,
dándole cuenta de la infelicidad de los
lugares de Bodonal y Elechosa, que le
tocaron de cuartel, en los montes de To-
ledo.

Después, amigo, del día
Que entre kirie y aleluya,
Te apartaste con la tuya,
Dejando mi compañía;
Después que de Andalucía
Te dió el viento en las narices,
Por mil sierras infelices
Fatigaron mis trabajos
Los caminos de los grajos,
Las sendas de las perdices.

En busca de mi cuartel
Anduve de cerro en cerro,
Hecho un lobo y hecho un perro,
Porque no daba con él;
El lugar del coronel
Pasé, como fué notorio;
También pasé el refectorio
De Montalvo, de Esporrrin,
El Soler, y pasé, en fin,
Las penas del purgatorio.

Con industria artificiosa,
A cualquiera que encontraba,
Como enigma, preguntaba
Por Bodonal y Elechosa;
Oyendo esta coscosa,

Dijo un Fulano de Tal:
«De Elechosa y Bodonal
Se llevó los habitantes
Un arroyo, mucho antes
Del diluvio universal.»
Con esto andaba sin fin,
Sin término ó paradero,
No llevando más dinero
Que los cuartos del rocín;
Por uno y otro confin,
Investigando destinos,
Militantes peregrinos,
Me seguían mis soldados,
Los caballos desberrados,
Pero errados los caminos.

Quiso Dios que á puro andar,
Hecho racional huron,
Atisé la situación
Adonde estuvo el lugar;
Empecé á bruñular,
Y entre quemadas encinas,
Vi unas casas como ruinas,
Que hicieron catorce en todo,
Pegadas á un cerro, á modo
De nido de golondrinas.

Aquí trepando, se envasa
La tropa mi concoleja,
Pero hallaba solariega
A la una y otra casa;
Cuando en este instante pasa
Una mujer por aquí,
Un jabali por allí,
Y yo no supe qué hacer,
Si tirar á la mujer,
O apuntar al jabali.

Tan bella fué..... Pero ahora
No la pinto, que es de noche;
Aguarda que desabroche
Cándidos pechos la aurora;
Deja que destile Flora
Aljofarados candores,
Que desvaine fulgores
El mayorazgo del día,
Y que enarbole Talía
Tabla, pincel y colores.

Pero, ¿dónde lo elocuente
Me lleva? Con dos tizonés,
Tirando cuatro borrones,
Se pinta más fácilmente.
«¿Dónde (dije) está la gente
De este villaje tan bueno?»
Y ella con labio sereno
Respondió: «Todo el lugar
Salió esta tarde á limpiar
Una parva de centeno.»

Maldiciendo mi destino,
Hice boletas de balde,
Siendo yo escribano, alcalde,
Alojamiento y vecino;
Para mi casa examino
Una como ratonera,
Que tenía en la cimera,
Con industrias exquisitas,
Muchas cruces de cañitas
Por techo ó por cobertera.

Parecía portalillo
De Belén, pues acumula
Buey cansado, flaca mula,
Y al margen un jumentillo;
Ella tiembla, y no me humillo
Al miedo; pues considero
Que aunque el techo todo entero
Sobre mí venga á caer,
Lo más que me puede hacer,
Es ensuciarme el sombrero.

Me embutí en un cuarto estrecho,
En cuya tuerta pared
No hay balcon, ventana ó red,
Pero sobran en el techo;
Con vanidades de lecho,
Sobre un corcho requemado,
Hético y extenuado,

Un débil colchon se hilvana,
Que algún tiempo fué por lana,
Y se volvió trasquilado.
Yace de madero burdo,
Mal descostillado, un cofre,
Cuelga un medio San Onofre,
Y un San Jerónimo zurdo;
Al verle empuñar, me aturdo,
De la piedra el chicharrón;
Roto tiene el corazón,
No de golpes que se ha dado,
Sino de haberle tirado
Dos pellizcos un ratón.

Una silleta de paja
Y un bufetillo se expresa,
Que tiene por sobremesa
Un pedazo de mortaja;
Debajo un galgo se encaja,
Que me regala con roscas;
Y entre telarañas toscas,
Vive medio tarro infiel,
Que era archivo de la miel,
Y ya es reclamo de moscas.

De mi patrona el matiz
Al alma causa vaiven;
Trae por frente una sarten,
Cuyo rabo es la nariz;
Sus ojos (¡cosa infeliz!)
Por niñas tienen dos viejos,
Se descuelgan rapacejos
De la boca á las pechugas,
Y entre el vello y las arrugas
Se pueden cazar conejos.

En dos varas de sayal
La humanidad embanasta,
Y unas como medias gasta
De pelo muy natural;
Uno y otro carcañal
Es de galera espolon,
Y en la circunvalacion,
Patrimonio de girones,
Cirios, borlas y pendones
Caminan en procesion.

En el sobaco derecho
Mete un mico racional,
Envuelto en medio pañal,
Y lo restante deshecho;
Cuando lo enarbola al pecho,
Una, á modo de ala hoja
De murciélago, despoja
Por resquicios del jubon,
Y al niño asesta un pezon,
Como tabaco de hoja.

Con su donaire, su asejo
Y su agasajo exquisito,
Se retira el apetito
Dos mil leguas del deseo;
Su antorcha apaga Himeneo,
Y el afecto sensual
Se esconde en un carcañal,
Huyendo la Inquisicion;
Que aquí la propagacion
Es un pecado bestial.

Esta es la casa en que vivo
Y la patrona en que muero,
Esta la gloria que espero
Y el galardón que recibo;
Ahora el lugar te describo,
Pues la ociosidad abunda;
Sobre un chinarro se funda,
Sólo un candil le amanece,
Un tomillo le anochece
Y una gotera le inunda.

Su término son cien jaras,
Con seis colmenas, que apenas
Darán miel las seis colmenas
Para lavarse dos caras;
Para el gasto de las aras
Vino no tributa el snelo,
Porque no tiene majuelo,
Guindo, peral ó castaño,
Ni en él se ve más rebaño

Que las cabrillas del cielo.
La tierra más cultivada,
De mejor terruño y linde,
Avena en buen año rinde,
Y la sembraron cebada;
Si está de trigo colmada,
Y la cosecha no yerra,
Centeno el gañan encierra,
Con que al sudor satisface;
¡Mira, amigo, lo que hace
El sembrar en buena tierra!

Encontré por conjetura
La iglesia, donde exquisitas
Lloraban mil candelitas
Sobre triste sepultura;
Jamás tal arquitectura
Hallé en el vocabulario;
De almagra tiene un calvario,
Y allá en el propiciatorio,
Dos almas del purgatorio
Se columpian de un rosario.

Una cesta el día de fiesta
Pone el cura, y los pobretes
Le van echando zoquetes;
Yo temí entrar en la cesta.
La misa estaba dispuesta,
Y apenas me puse á oílla,
Cuando empieza una cuadrilla
De muchachuelos pelones
A darse de mogicones
Por tocar la campanilla.

A éste pega el sacristan,
Una vieja riñe á esotro,
Mientras de la cesta el otro
Se engulle al descuido un pan;
Unos devotos están,
Otros rien la contienda,
Hasta que con reverenda
Gravedad y compostura,
La oblation consume el cura,
Y los muchachos la ofrenda.

Si me paseo, se apura
El ánimo fatigado;
Que es lugar más intrincado
Que lugar de la Escritura;
Tal vez hablo con el cura
De dédalos, de faetontes,
De astrolabios, de horizontes,
De diamantes, de esmeraldas;
Y al fin, porque tienen faldas,
Hablo tal vez con los montes.

Aquí nació la carencia,
Madre de la poquedad;
Parió á la necesidad
En brazos de la abstinencia;
Si de Dios la omnipotencia
Me saca de esta ensenada,
Quedará glorificada
Otra vez; pues es lo mismo
El sacarme de este abismo,
Que el hacerme de la nada.

Aristóteles decía
(Filósofo el más profundo)
Que en los ámbitos del mundo
No se da cosa vacía;
Mas, vive Dios, que mentía
En su sistema ó su chanza;
Porque tengo confianza
Que lo contrario dijera
Si en este tiempo viviera
En mi cuartel ó en mi panza.

De puro sutil me quiebro,
Mis ojos sobresaltados
Tristes están y arrimados
A la pared del cerebro;
Allí les dice un requiebro
La amistad del colodrillo,
Y recelo que Bonquillo,
Presidente vigilante,
Mande prender mi semblante,
Porque le traigo amarillo,
Del alma enemigos tres

No dan aquí testimonio,
Porque si viene el demonio,
Se le resbalan los piés;
El mundo busca interes,
Y fué á otra parte por eso,
Y para que en lo travieso
Livianidad ninguna encarne,
Ya no me tienta la carne,
Que sólo me toca el hueso.

Corren haciendo remansos
Las tripas, en sus campañas,
Sortija, estafermo y cañas;
Ojalá corrieran gansos.
Si de burros ó de mansos
Cencerros oyen tal vez,
Presumen que es almírez,
Y hay tripa que se adelanta
A subirse á la garganta,
Donde me come la nuez.

Es tanta mi laxitud,
Que en muriéndome, me obligo
A que una paja de trigo
Me súbese para ataud;
La necesidad virtud
Hace mi dolor acerbo,
Y dejándola proterbo,
Mis penitencias entablo,
Para imitar á san Pablo;
Pero no me viene el cuervo.

Emboscado en la aspereza,
El hambre conmigo lucha;
Bien sabía que era mucha,
Mas no tanta, mi flaqueza;
La fantasía tropieza
En una y otra vision,
Y á costa de la oracion,
Por comerme todo entero
Al hermano compañero,
Ser quisiera un san Anton.

La memoria es mi candal;
Esta envian mis desvelos
Para el Conde de Hornachuelos,
Para su hermano y Corral;
En mi estimacion leal
A los Valenzuelas hallo;
También mi amistad no callo
A Pineda, el que por yerro
Me dió un grandísimo perro,
Diciendo: «¡Qué gran caballo!»

Dile que fué picardía
El ajuste, pues pudiera
Haberme dicho que era
Caballo que se moria;
Y pues ya la fantasía
Se cansa, y yo me acobardo,
Con tus preceptos aguardo
Que siglos tu vida goce;
Elechosa y Julio doce.
Tu amigo, Eugenio Gerardo.

A un caballero que en una tertulia cometió
involuntariamente un desairadísimo des-
liz, cuando cantaba.

Antimúsico aturdido,
Que me expones al desaire
De echar décimas al aire
Cuando viene corrompido,
Igual atención te pido
A la que en infausto día
Presté á nefanda armonía,
Porque el mal se distribuya,
Y resulten en la tuya
Los fastidios de la mía.
Modo, tiempo y prolacion
Para cualquier asonancia
Circunscribe la elegancia
Sonora del diapason;
Pero en aquesta ocasion,
Al tiempo y modo desdices,
Y sus reglas contradices;
Pues de tu treno indecente

La proclacion solamente
Ha llegado á mis narices.
Bien supe yo que esta ciencia
Tal vez admite las falsas
Por sáinetes ó por salsas
Del aire de la cadencia;
Pero nunca, en mi conciencia,
Llegué á saber que el ornato
De su métrico aparato
Pudiese haber confundido
La falsedad del sonido
Con las véras del olfato.
Dejaste desde el exordio
A la tertulia aturrida,
Porque nadie vió en la vida
Soplar sobre el clavicordio;
Ni violin, ni monacordio,
Ni dulce flauta suave
Seguir tal término sabe;
Pues del modo que procede,
Sólo la corneta puede
Ser de su tono la clave.
Ni aun el mismo Barrabas,
Con sus tetricas ideas,
Soltára tales corcheas
Sin método ni compas;
Ya sé que astuto dirás
Que tanto asombro fulmina
Una infeliz clandestina
Respiracion trabucada,
Que rodó precipitada
Toda la escala aretina.
Escriben que aquel primero
Inventor sacó los puntos
Del són que formaban juntos
Los martillos del herrero;
Y tu discurso altanero,
Para que en todo descuelle,
Y principios atropelle
De las costumbres ancianas,
Busca otra solfa en las vanas
Respiraciones del fuelle.
No faltan autoridades
De que fuese instituido
El canto para el oido
De las mentidas deidades.
¡Oh cuántas prosperidades
Lograrás allí! Yo pienso
Que fuera tu elogio inmenso
Eternizado en los broncees,
Porque en tí se hallára entónces
La música y el incienso.
Sólo siento que se diga,
Con improporcion tirana,
Que la poesia es hermana
De la música, y amiga;
No tendrá poca fatiga
Quien lo defiende constante,
Si tú concurre delante,
Porque formarás un paso,
Que todo el monte Parnaso
No le encuentre consonante.
El músico Timoteo
(Segun Plutarco) inflamaba
A Alejandro, el que empuñaba
La espada á cualquier gorjeo;
Tú adquieres mayor trofeo,
Pues al oír el tirano
Frigio rumbo tramontano,
Que desembuchas tonante,
Empuña luégo al instante
La nariz todo cristiano.
Dicen, ¡oh influjo celestel
Que Tales Milesio un día,
Por medio de la armonía,
De Candia arrojó la peste;
Tu primor, contrario de este
Efecto de heroica hazaña,
De tales efluvios baña
El claustro de mi academia,
Que causar puede epidemia
A todo el reino de España.

Décimas improvisadas en una tertulia, sobre los títulos de comedias que elegian unas señoras.

PARA GALANES.

¿De qué sirve que mi empeño
A tanta deidad celebre,
Si es preciso que se quiebre
Mi adoracion en su ceño?
En vano me finjo dueño
De dicha tan deseada,
Si ha de quedar desairada
Mi ofrenda en su sér divino,
Ya que esto fué en mi destino
Darlo todo y no dar nada.
¡Qué loco, ciego y errante
Es del hado el desvarío,
Pues al demérito mio
Da la dicha más triunfante!
Lo humilde con lo brillante,
Lo excelso con lo profundo
Une en lazo sin segundo,
Porque tanto logro sea
En el bosque de mi idea,
El mayor monstruo del mundo.
Yo, que viví satisfecho
De que no pudo el amor,
Con halago ó con rigor,
Tener dominio en el pecho,
Conozco que mi despecho
No bastó, pues apresura
Contra la fuerza segura
Que en mi corazon previno
Los asaltos del destino,
Las armas de la hermosura.
Para rendir oblacion
Al bien que llego á lograr,
Es insuficiente altar
La pira del corazon;
Sólo en la imaginacion
Podré tributar discreto
Por holocausto el respeto,
Siendo mi idea en su trato,
El castillo del recato,
El alcázar del secreto.
A ingrata esquivia hermosa
Idolatró mi paciencia,
Y ahora la contingencia
Me ofrece beldad segura;
Y pues en aquella dura
La ojeriza y el rigor,
Siga en ésta mi temor
Nuevo estilo, rumbo extraño,
Por saber en este año
Quién es quien premia el amor.
Blasonaba tan exento
Del niño gigante alado,
Que no rendí á su cuidado
Lo frágil de un pensamiento;
Mas ya un interno tormento
Me aflige con tanto ardor,
Que el vaticinio interior
Me dice en el mal que paso:
«No hay chanzas con el acaso,
No hay burlas con el amor.»
Puesto que el cielo propicio
A tal gloria me convida,
Ya no ha de haber en mi vida
Aliento sin sacrificio;
Muera la pasion ó el vicio,
Que á vulgar asunto inflama;
Encienda el suspiro llama
De más decentes agradós;
Que á pesar de los cuidados,
Antes que todo es mi dama.
La fortuna me ha llevado,
Por acaso contingente,
Donde ya mi amor prudente
Me tenía colocado;
La suerte con el cuidado,
Felicemente oportuna,
Con tanto primor se auna,

Que llevándose la palma,
Canta en su silencio el alma
Triunfos de amor y fortuna.
Andaba mi pensamiento
En amar tan vagamundo,
Que disfrutaba en el mundo
A cada paso un contento;
Mas cuando el destino atento
(No sé si por barbarismo)
De tanta dicha un abismo
A mi corazon le da,
Por no ofenderte, será
El alcáide de sí mismo.
Vivia mi presuncion
De amor tan indiferente,
Que sólo al gusto presente
Le tenía por pasion;
Pero en aquesta ocasion,
El niño rey, dios vendado,
Por reo me ha declarado,
Y sufro con pena fuerte
En la plaza de mi suerte
El garrote más bien dado.
Aunque siempre he preferido
La libertad al amor,
Siendo en mí dócil ardor
Lo más fácil, más lucido,
Desde ahora mi sentido
Rinde holocausto mental
A tu hermosura, con tal
Que no has de estar descontenta
Si alguna vez me violenta
La fuerza del natural.
Nunca del amor injusto
Me rindió la infiel violencia,
Porque no hubo en mí advertencia
Otra razon que mi gusto;
Mas, ya que á la ley me ajusto
De este anual pasatiempo,
Tolerando el contratiempo
De servidumbre tan loca,
Sabrá mi pecho y mi boca
Mentir y mudarse á un tiempo.
Pues la suerte lo permite,
No hagas, señora, que trague
Un amor que me empalague
O un desprecio que me irrite;
Será bien que se limite
Tu discrecion de manera,
Que ni de dulzuras muera,
Ni me altere con recelos,
Porque soy, de amor y celos,
El licenciado Vidriera.
Ya sin razon se querrela
Del hado mi devaneo
Cuando influye á mi deseo
La más favorable estrella;
Consigue mi amor por ella,
En siempre propicia usura,
La más prudente cordura,
La más blanda condicion,
La más noble discrecion,
La más hidalga hermosura.
Aunque al desmerecimiento
De mi persona aborrezcas,
Es justo que favorezcas
La fe de mi rendimiento;
Lo humilde, obsequioso, atento
De mi corazon rendido
Dorará lo deslucido
Con que emprendo tanta gloria,
Para ser en tu memoria
Amado y aborrecido.
Por más que la suerte ciega
Con mis fortunas porfia,
No llegó mi fantasia
Adonde mi triunfo llega;
A mi noble afecto entrega
El más airoso primor
De los dominios de amor,
Porque el orbe considere
Lo que reparte, si quiere,

El acaso y el error.

Pues la fortuna porfia
En darme apacible objeto,
La rendiré mi respeto
De amor ó de cortesía;
Si quisiere, todo el día
Seré su esclavo mental;
Si no gusta, en caso tal
No sentiré su desvío,
Porque traigo en mí albedrío
La piedra filosofal.
Trapacista lisonjero
De cualquier casualidad,
Siempre tuve por deidad
A la que hallaba primero;
Y pues el hado severo
Me precisa á ser amante,
Ciego, rendido y constante
He de ser en la apariencia,
Porque en toda contingencia,
Fingir y Trampa adelante.
De aquesta felicidad
Es tan glorioso el trofeo,
Que parece que al deseo
Siguió la casualidad;
Aspire mi ceguedad
Hasta el orbe de la luna,
Y en dicha tan oportuna,
Será mi amor sin segundo,
El escándalo del mundo,
El monstruo de la fortuna.
El empeño que conspira
Contra mí el hado severo,
En la idea es verdadero,
Y en el asunto mentira;
El festejo sólo mira
A un fingimiento vulgar,
Cuando es cierto mi pesar;
Y así, no llego á entender
Cómo en mi labio ha de ser
A un tiempo fingir y amar.
Cuando triunfo tan propicio
Me conduce la ventura,
Será especie de cordura
El saber perder el juicio;
Arda humilde sacrificio
Toda la razon que pierdo,
Para acreditarme cuerdo,
Pues es, entre lo viviente,
Sin amor, loco el prudente,
Y con él, *El loco cuerdo.*
Soy tan malo para amante,
Que si logro algún consuelo,
Me cuesta el duro recelo
De que no ha de ser constante;
Si me ultrajan, al instante
Tan servilmente me humillo,
Que mi corazon sencillo
Paga hechuras al enfado;
Y así, bien ó mal tratado,
Soy *El sastre del Campillo.*
Mi amor, por mí, aborreces,
Y por ser tuyo, tambien
Adoro siempre el desden
De todas tus esquivaces;
Me consuela muchas veces
Ver que en esto te he vencido,
Pues no es triunfo tan lucido,
Tan noble, tan señalado,
Como un desden adorado,
Un amor aborrecido.
¿Cómo puedo ser amante
Todo un año á la seguida,
Si no he sabido en mi vida
Tener amor un instante?
Mas, pues el destino errante
Quiere que mi rumbo tuerza,
Ya mi cuidado se esfuerza
A ser con dulces enojos,
Del encanto de tus ojos
El hechizado por fuerza.
Nunca pudo en mi ambicion

Caber tanta vanidad,
Y así, más que realidad,
Es mi fortuna ilusion;
Quimera de la razon
Será el bien que logro ansioso,
Pues para hacerme dichoso
Por tan extraño camino,
Me hizo sin duda el destino
El mágico prodigioso.
Con tan favorable efecto
Se ha portado la experiencia,
Que se fué la contingencia
Adonde estaba el afecto;
Suerte de bien tan perfecto
No pudo salir alguna,
Pues con union oportuna
Se abrazan en este paso,
Logros de intento y de acaso,
Lances de amor y fortuna.
Tendrá en mí la suerte mia
Respeto sin alabanza,
Humildad sin confianza,
Temor sin hipocresía;
Siendo fin de mi porfia,
Respeto, humildad, temor,
Porque logre su fervor
Sin celosos desvarios,
En los tres cuidados míos,
Los tres afectos de amor.
La concurrencia me obliga,
Sin causa ni fundamento,
A hacer del gusto tormento,
Y del gracejo fatiga;
En vano el amor me instiga,
Cuando el pecho no se inflama;
Y así, su impulso me llama,
Por precisa obligacion,
Con agrado y sin pasion,
A ser *El galán sin dama.*
En esta casualidad,
Que mi demérito alcanza,
Más allá de la esperanza
Llega la felicidad;
De mi propia voluntad,
Huyó la suerte oportuna,
Sin que proporcion alguna
Tengan los merecimientos,
Porque son mis pensamientos
Los hijos de la fortuna.
Gracia, prudencia, hermosura,
Que son el lazo más fuerte,
Se vinculan en mi suerte,
Se estrechan en mi ventura;
Tanto logro, tanta usura
Facilita la ocasion,
Porque sepa mi pasion,
Sin desdoro de lo esquivo,
Cuál es mayor atractivo,
Cuál es mayor perfeccion.
Discreto he de anteponer,
Galan he de preferir,
Al logro del conseguir,
La dicha del merecer;
Solamente á padecer
Se dedica mi persona,
Pues cuando el amor blasona
En los imperios del alma,
La servidumbre es la palma,
El mérito es la corona.
Faltando el merecimiento,
En que fundar la esperanza,
Es tormenta la bonanza,
Y es la fortuna tormento;
Pues, como llega violento
Tanto bien á mis sentidos,
Se hallan altos y abatidos,
Cobardes y valerosos,
Infelices y dichosos,
Obligados y ofendidos.
Tendrá esta dicha en mi aprecio
Asegurada la gloria,
Si consigo en tu memoria

La fortuna de un desprecio;
Aunque expresiones de necio
Sólo en mi labio hallarás,
En mi respeto tendrás
Toda la ley del primor,
Porque en la ciencia de amor,
El más necio sabe más.
Con atencion oficiosa
Te daré, si no te alejas,
Ansias, suspiros y quejas,
Porque no tengo otra cosa;
Si jugares melindrosa,
Te recogeré las bazas,
Y si de esto te embarazas,
No inquietaré tus sosiegos,
Porque, ya en véras, ya en juegos,
Hombre pobre todo es trazas.
Si en los amantes empeños
Me desprecia tu hermosura,
No le falta á mi cordura
Bastante caudal de ceños;
En los tratos halagüeños
Soy derretido tambien,
Porque, atento al mal y al bien,
Pago con cierto primor
El amor con el amor,
El desden con el desden.
La oportunidad que el cielo
Ofrece á mi fantasia
En incesante porfia,
Será asunto de mi anhelo;
Cultivaré mi desvelo
Sis instantes presurosos
Con afectos amorosos;
Pues si en amantes deslices
Labra el desecido infelices,
La ocasion hace dichosos.
La indócil extravagancia,
Que á la suerte corresponde,
Coloca los bienes donde
Siempre vive la ignorancia;
Mas ya con dulce elegancia,
Mis interiores secretos
Sabrán estudiar respetos,
Pues si por rumbos distantes
Busca la dicha ignorantes,
El amor hace discretos.

PARA DAMAS.

En mi amante extravagancia
Hallarán siempre partido,
Aunque me hubieran cabido
Los doce Pares de Francia;
Admito sin repugnancia
Al primero que me atiende,
Y sin saber si me entiende,
Si se eleva ó si se pasma
De cualquier galán fantasma,
Me finjo *La dama duende.*
A un estilo cortesano
Se debe grata atencion,
A una atrevida expresion
El enojo más tirano;
Si ejerce un obsequio ufano,
Lograré mis atenciones;
Mis iras, si habla en pasiones,
Porque sabe mi cuidado,
Con el ceño y el agrado,
Cumplir dos obligaciones.
Sepa cuando á mis enojos
Sacrifica sus fervores,
Que oscurecen mis rigores
Cuanto iluminan mis ojos;
Si snavisimos despojos
Logra en mi vista, tambien
Penas tendrá en mi desden,
Porque pueda su fineza,
En mi ingenio y mi belleza,
Saber del mal y del bien.
En mi labio, en mi semblante,
Logra el más contemplativo,